

## QUIEN ERA HERNAN CORTES

En el tomo II de Colección de documentos para la Historia de México, García Icazbalceta consignó la *Relación hecha por el señor Andrés de Tapia sobre la conquista de México*, en la cual este conquistador explica cómo Cortés se ganó la admiración y amistad de los tlaxcaltecas:

El marqués posaba en la torre del ídolo, como ya hemos dicho, y algunas veces de noche, en lo que le cabía de dormir, miraba desde allí a todas partes para ver humos, y vio algo más que cuatro leguas de allí cabe unos peñoles de sierra y por entre cierto monte cantidad de humos, por donde creyó haber mucha gente en aquella parte: y otro día partió su gente y dejó en el real la que le pareció, y luego que fueron dos o tres horas de noche comenzó a caminar hacia los peñoles atino, porque la noche era oscura, y yendo como una legua del real, súpitamente dio en los caballos una manera de torozón, que se caían en el suelo sin poderlos menear; y el primero que se cayó y se lo dijeron al marqués, dijo: "Pues vuélvase su dueño con él al real;" y al segundo dijo lo mismo, y comenzámosle a decir algunos de los españoles: "Señor, mira que es mal pronóstico, y mejor será que dejemos amanecer; luego veremos por donde vamos." El dice: "¿Por qué mirais en agüeros? No dejaré la jornada, porque se me figura que de ella se ha de seguir mucho bien esta noche, y el diablo por lo estorbar pone estos inconvenientes;" y luego se le cayó a él su caballo como a los otros, e hizo un poco alto, y de diestro llevaban los caballos,



que serían ocho, y así caminamos hasta que perdimos el tino de la vía de los peñoles, y dimos en una mala tierra de pedregales y barrancas, y atinando a una lumbrerilla que estaba en una choza, fuimos allá y tomamos dos mujeres: y unos españoles que el marqués había puesto en un camino tomaron dos indios: éstos nos llevaron hacia los peñoles, y llegamos allá al amanecer, y los caballos iban ya buenos, y llegando cabo los peñoles a un pueblo grande que allí estaba, que se dice Zimpanzingo, como habíamos ido fuera de camino estaba la gente de él muy descuidada, y el marqués mandó que no matasen ningún indio, ni les tomasen cosa alguna, y cada uno de ellos salió de su casa, y haciéndoles señas que no oviesen miedo, se reposaron algún tanto, puesto que todavía huían; y luego que comenzó a salir el sol el marqués se puso en un alto a descubrir tierra, y vió la más de la población de Tascalá, que desde allí se parecía, y llamó a los españoles y dijo: “Ved qué hiciera al caso matar unos pocos de indios que había en este pueblo, donde tanta multitud de gente debe haber.”

Tres o cuatro días antes desto habían venido ciertos indios al real, y traído al marqués cinco indios, diciéndole: “Si eres dios de los que comen sangre y carne, cómete estos indios, y traerte hemos más; y si eres dios bueno, ves aquí incienso y plumas; y si eres hombre, ves aquí gallinas y pan y cerezas.” El marqués siempre les dice: “Yo y mis compañeros hombres somos como vosotros; y yo mucho deseo tengo de que no me mintáis, porque yo siempre os diré verdad, y de verdad os digo que deseo mucho que no seáis locos ni peleéis, porque no recibais daño;” y luego que estos se fueron, a la tarde, pareció atravesar por cabo

un cerro mucho número de gente, y desde a poco vinieron al marqués de hacia aquella parte quince o veinte indios en compañía de unos mensajeros que vinieron a decir que vienen a saber cómo estábamos, y qué pensábamos hacer. El marqués les dijo con los intérpretes dichos: “Os he ya avisado siempre que conmigo habláis, que no me mintais, porque yo nunca os miento, y ahora venís por espías y con mentiras;” y apartólos unos de otros, y confesaron que era verdad, y que aquella noche habían de dar en nosotros mucha cantidad de gente, y morir o matarnos. El marqués les hizo a algunos de ellos contar (*sic por cortar*) las manos, y así los envió diciendo que a todos lo que hallase que eran espías haría lo mismo, y que luego iba a pelear con ellos; y puesta su gente en orden hizo que los de caballo se pusiesen pretales de cascabeles, y ya anochecía cuando salió hacia donde había visto pasar la gente, y con el ruido que llevaban, y con haber visto sus espías sin manos, se pusieron en huída, y el marqués los siguió hasta dos horas de la noche. Y este capítulo se había olvidado de poner antes.

Pues como los indios vieron la buena obra que se les había hecho en no los querer matar, y el marqués los llamó y les dijo con los intérpretes que llamasen a los señores, y los esperó con toda su gente cabo una fuente grande que cabo aquel pueblo está; vinieron algunos principales indios y trajeron cantidad de comida, y dijeron que agradecían mucho el daño que se les había dejado de hacer, y que sirvierendesde en adelante en lo que se les mandase, y llamarían a los señores de toda aquella tierra. El marqués les certificó que sabía que aunque le llevaban de comer eran ellos los que



con nosotros peleaban, y que todo se lo perdonaba y les rogaba fuesen amigos, por excusar el daño que en ellos se hacía, pues veían lo poco que recibíamos. El marqués se volvió a su real, y mandó que no se hiciese daño a indio alguno desde en adelante.

Llegado el marqués al real, muy alegre de lo sucedido, dijo: "Yo creo que la guerra de esta provincia placará a Dios que hoy la hemos acabado, y que estos serán nuestros amigos de aquí adelante, y conviene que pasemos a la tierra de este gran señor, de quien nos dicen;" y llamó a un indio principal que con él andaba, y se había ido en nuestra compañía desde la costa por capitán de cierta gente, y llamábase este indio Teuche, y era hombre cuerdo, y según él dice criado en las guerras de entre ellos. Este indio dijo al marqués: "Señor, no te fatigues en pensar pasar adelante de aquí, porque yo siendo mancebo fui a México, y soy experimentado en las guerras, y conozco de vos y de vuestros compañeros que sois hombres y no dioses, y que habéis hambre y sed y os cansáis como hombres; y hágote saber que pasado desta provincia hay tanta gente, que pelearán contigo cien mil hombres ahora, y muertos o vencidos estos vendrán luego otros tantos, y así podrán remudarse o morir por mucho tiempo de cien mil en cien mil hombres, y tú y los tuyos, ya que seais invencibles, moriréis de cansados de pelear, porque como te he dicho, conozco que sois hombres, y yo no tengo mas que decir de que miréis en esto que he dicho, y si determináredes de morir, yo iré con vos." El marqués se lo agradeció y le dijo que con todo aquello quería pasar adelante, porque sabía que Dios que hizo el cielo y la tierra les ayudaría, y que así él lo creyese. Antes desto había habido plática entre los espa-

ñoles, y se hablaba en que sería bien hablar al marqués para que no pasase adelante, antes se volviese a la costa, y de allí poco a poco se ternie inteligencia con los indios, y se haría según el tiempo mostrase que era bien hacerse, y así se lo habían hablado al marqués algunos en secreto; y él estando una noche en la torre del ídolo, habiendo alrededor de ella algunas chozas donde los españoles se metían, oyó que en una de ellas hablaban ciertos soldados, diciendo: "Si el capitán quisiere ser loco e irse donde lo maten, váyase solo, y no lo sigamos;" y otros dicen que si le siguiesen había de ser como Pedro Carbonero, que por entrarse en tierra de moros y hacer salto, se había quedado él y todos los que con él iban, y habían sido muertos. El marqués hizo llamar dos amigos suyos, y les dijo: "Mirad qué están diciendo aquí; y quien lo osa decir, osarlo a hacer. Por tanto conviene irnos hacia donde está este señor que nos dicen." Y viniendo indios de Tascala, que es aquella provincia donde estonces estábamos, le dijeron: "Hecho hemos nuestro poder por te matar, y a tus compañeros, y nuestros dioses no valen nada para nos ayudar contra ti; determinamos de ser tus amigos y te servir, y rogámoste que porque estamos cercados de todas partes en esta provincia de enemigos nuestros nos ampare de ellos, y rogámoste te vayas a la ciudad de Tascala a descansar de los trabajos que te hemos dado. El marqués hizo poner cruces en el real y en la torre del ídolo y en otras partes alrededor, y mandó alzar el real y caminó con buen concierto para la ciudad de Tascala.



En *Crónica de Nueva España* (1560), Francisco Cervantes de Salazar (1514–75), recopiló los informes de los propios conquistadores al igual que Sahagún lo hizo con los indios viejos. Veamos el capítulo XLIII del libro III, con el título *Del razonamiento que Cortés hizo a sus soldados, animándolos a la prosecución de la guerra*, la primera vez que se encaminó a Tenochtitlan:

Valerosos capitanes y esforzados soldados míos, viva maravilla y espanto de todas las naciones del mundo: entendido es que algunos de vosotros, no por miedo, que este no puede caber en vuestros corazones, sino o por el deseo que tenéis de volver a Cuba y gozar de la quietud de vuestra casa o por la dificultad que se os representa en acabar esta jornada, deseais que demos la vuelta hacia la mar. Ciertamente, si de lo que os parece que conviene, bien mirado, no se siguiesen peligros, muertes, hambre, sed, cansancio, y, lo que peor es, infamia y afrenta y otros muchos inconvenientes que cada uno pesa más que el falso provecho que pretendéis; por daros contento, de muy buena gana viniera en vuestro parecer, ca yo, hombre soy como vosotros, y no menos deseo descanso y quietud; temo la muerte y recelo los peligros, y no menos que a vosotros me fatiga la hambre y cansancio: el padre que mucho quiere al hijo que está enfermo, aunque le desea complacer, no le da lo que le pide, porque le ha de hacer mayor daño. Vosotros me escogistes por vuestro padre y capitán; y yo siempre, como a hijos y soldados merecedores de todo honor, os he tratado, haciendos siempre en todos los riesgos y trabajos yo la salva primero, y pues no me podéis negar que esto no sea así, razón será que en lo que os dijere me creais, pues del bien o del

mal no me ha de caber a mí menos parte que a vosotros. Todos somos españoles, vasallos del Emperador, a los cuales en su ejército, hecho de diversas naciones, él suele decir 'Ea mis leones de España'. Hemos pasado mar que hasta nuestros tiempos nadie navegó, hemos andado mucha tierra que pie de ningún cristiano, moro ni gentil holló: grande, muy poblada, muy rica. Venimos a ilustrar la fama y nombre de España: a acrecentar el imperio y señorío de César; a señalar nuestras personas, para que de escuderos y pobres hijosdalgo, mediante nuestra virtud y esfuerzo, César nos haga señores, y queden de nosotros mayorazgos para los siglos venideros; y lo que más es, y a lo que principalmente tenemos de tener ojo, que venimos a desengañar a estos idólatras y bárbaras naciones; a desterrar a Satanás, príncipe de las tinieblas, de esta tierra que por tantos años ha tenido miserablemente tiranizada; a extirpar los nefandos y abominables vicios que, como padre de toda maldad, ha sembrado en los pechos de esta gente miserable. Venimos finalmente, a predicar el Santo Evangelio y traer al rebaño de las ovejas escogidas estas que tan fuera, como véis, están: servicio es este a que todo cristiano debe poner el hombro, pues es el mayor que a Dios se le puede hacer, y así, la corona y triunfo de los mártires, es mayor y más excelente que la de las otras ordenes de santos, pues el amor últimamente se prueba en poner la vida por el que amamos. Mirad pues, si las utilidades y provechos que os he contado son tales que el menor de ellos pide y merece que por alcanzarlo nos pongamos a todo trabajo; y si ninguna cosa buena se consigue sin trabajo; tantas y tan excelentes por qué las hemos de alcanzar sin dificultad? Hasta ahora no tenemos de qué



quejarnos, sino de que dar muy grandes gracias a Dios por las muchas y muy maravillosas victorias que nos ha dado contra nuestros enemigos: para lo de adelante, maldad y blasfemia sería pensar que la mano del Señor ha de ser menos fuerte que hasta aquí: el que nos ha dado vigor para vencer las batallas pasadas, si en El solo confiáremos, nos le dará para concluir lo que queda. Confiesoos que la gente entre quien estamos es infinita y bien armada; pero también no me negareis que nos tienen por inmortales y que nos temen como a rayos del cielo; mientras más son, más se confunden y embarazan: muerto uno van todos como los perros tras él: visto lo habeis y pasado por ello. No hay que decirnos sino que, si volvemos las espaldas, toda nuestra buena fortuna se trueca y muda en todo género de adversidad; porque, ante todas cosas, volvemos las espaldas a Dios, pues dejamos de proseguir tan alta demanda, desconfiando de su poder que hasta aquí ha sido tan en nuestro favor, ¿cuándo jamás huyeron *españoles*? ¿cuándo cayó en ellos flaqueza? ¿cuándo no tuvieron por mejor morir muerte cruel, que hacer cosa que no debiesen? ¿cuando emprendieron negocio que dejasen de llevarle al cabo? Poco aprovecha acometer e intentar cosas arduas si al mejor tiempo, por graves inconvenientes que se ofrezcan, no se acaban; por eso se alaba la muerte buena, porque en ella se rematan y concluyen, como en dicho fin, los buenos principios y medios: en el perseverar se conoce el varon fuerte; y nunca salió con lo que quiso sino el que bien porfió. Qué cuenta daríamos de nosotros si al mejor tiempo de nuestra ventura la dejásemos, y mostrándonos la ocasión por la cara que tiene cabellos muy largos para asirla

que no se vaya, dejásemos que volviese el colodrillo donde no tiene pelo, para ser asida? Gozemos, gozemos, fuerza y valor de las otras gentes, esforzados soldados míos, del tiempo que tenemos, que mañana se nos rendirán los enemigos; que si quietud y descanso volviendo el rostro, cosa cierto vergonzosa para vosotros, buscáis, poniendo nuestra vida en cierto y conocido peligro, adelante la hallareis mayor, con doblado honor y gloria. El cobarde más presto muere que el valiente; porque cualquiera se le atreve, y acaba más presto por livianas causas: huyendo muere la liebre que en su alcance y huida convida y anima a los perros: de aquí a la mar hay muy gran trecho: todos los que atrás quedan, nos serán enemigos y saldrán contra nosotros, porque nadie hay que sea amigo del vencido, todos huyen de la pared que se cae, breve es la vida, y cuando llega su fin, tanto monta haber vivido muchos años como pocos, porque de ella no se goza más del instante que se vive. Si hemos de morir, más vale que muramos por Dios y por nuestra honra, que, dejando tan alta empresa, morir en el camino apocadamente o a manos de los enemigos que ahora vencimos, o a manos de los que antes subjectamos y como a dioses nos acataron y temieron. Los mas fuertes se nos rinden, que son los *taxcaltecas*; de los de *Culhua* no hay que temer; y pues la fortuna nos es favorable, seguilla, seguilla, y no huilla, porque no quiere sino al que la busca. Nuestra es, y será si no desmayamos; Dios es con nos, nadie será contra nos: y pues esto es verdad, ved lo que quereis sobre lo dicho, que, aunque piense quedar solo, que no quedare, estoy determinado de seguir la buena andanza que Dios hoy nos promete.



---

Alonso de Aguilar en *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, escrita hacia 1590 (Edit. José Porrúa e Hijos, Sucs. México, 1954), narró la salida de Tenochtitlan cuando el recuerdo del llanto de los indios que se ahogaron en las acequias con el fardaje y que con sus cuerpos dieron paso al ejército, posiblemente lo indujeron a tomar el hábito dominico 30 años más tarde, con el nombre de Fray Francisco. Veamos:

Sucedió que ciertos caballeros e hidalgos españoles, que serían hasta cuarenta, y todos los más de a caballo y valientes hombres, traían consigo mucho fardaje, y el mayordomo del Capitán traía mucha cantidad, el cual también venía con ellos; y como venían despacio, la gente mexicana, que eran los más valientes, les atajaron el camino y les hicieron volver a los patios, en donde se combatieron tres días con sus noches, con ellos, porque subidos a las torres se defendían de ellos valientemente; mas empero, el hambre y la muchedumbre de gente que allí acudió, fue ocasión que todos fuesen hechos pedazos. De manera que así como íbamos huyendo, era lástima de ver los muertos de los españoles y de cómo los indios nos tomaban en brazos y nos llevaban a hacer pedazos. Podrían ser los que nos seguían hasta cinco o seis mil hombres, porque la demás muchedumbre de gente de guerra había quedado ocupada en robar el fardaje que quedaba en el agua anegado, y así unos a otros los mismos indios se cortaban las manos por llevar cada uno más del despojo: por manera que milagrosamente nuestro Dios proveyó que el fardaje que llevábamos, y los que lo llevaban a costas, y los cuarenta hombres que quedaron atrás, para que todos no fuésemos muertos y des-

---

pedazados. Tardamos en llegar a la torre de la victoria, que ahora dicen Nra. Sa. de los Remedios, que habrá hasta allí media legua, digo legua y media desde donde partimos, hasta allá, lo cual anduvimos desde media noche que salimos hasta este día ya noche que llegamos, en donde otro día por la mañana, hecho alarde de los que quedaban, hallamos que quedaban muertos más de la mitad de los del ejército, y así comenzamos a caminar con gran dolor y trabajo, y muertos de hambre, la vía de Tlaxcala. Los indios nos iban siguiendo, aunque no muchos, porque todos se recogían para salirnos al camino para acabarnos a todos, y así caminando llegamos a vista de un cerro y vimos los campos de Guautitlán y Otumba, todos llenos de gente de guerra, los cuales nos pusieron gran temor y espanto; y en aquel mismo cerro, que era pequeño, mandó el capitán que parase la gente, y allí mandó que comiese el que tuviese qué, el cual aunque llorando, hizo de las tripas corazón y nos hizo una plática y exortación, esforzando y poniendo ánimo así a los de a pie como a los de a caballo, como valiente Capitán, el cual subido encima de un caballo hizo subir a los demás, que serían hasta cuarenta, y viendo tanta multitud de gente llamó a los capitanes, conviene a saber: a Don Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid, con otros; y a Diego de Ordaz encargó la gente de a pie, y a los de a caballo. Hernando Cortés repartió y dijo a cada uno que fuesen por su parte a dar en los contrarios. De artillería y arcabucería no hubo remedio, porque todo quedó perdido y Nro. Dios y Señor fue servido de aplacar su ira y sernos favorables, porque el dicho Cortés, metido entre los indios haciendo maravillas y matando a los



capitanes de los indios, que iban señalados con rodellas de oro, no se curando de gente común, llegó de esta manera haciendo muy gran destrozo al lugar donde estaba el Capitán General de los indios, y dióle una lanzada, de la cual murió. Dejo de contar cómo antes que allí llegase, cayó dos veces en el suelo y se halló después encima del caballo, sin saber quién ni cuando lo había subido. Los demás Capitanes, a caballo por verse libres de la muerte que tan a ojo tenían, hacían maravillas peleando como valerosos hombres. En este entretanto Diego de Ordaz con la gente de a pie estábamos todos cercados de indios, que ya nos echaban mano, y como el Capitán Hernando Cortés mató al Capitán General de los indios, se comenzaron a retirar y a darnos lugar, por manera que muy pocos nos seguían; y así caminando con grandísimo trabajo nos íbamos acercando a la dicha Taxcala (Tlaxcala). Visto, pues, por los mexicanos, que así nos habíamos escapado, enviaron embajadores a los señores de Taxcala y a Xicutenca (Xicotencatl), Capitán general de ellos, con muchos presentes y collares de oro y otras joyas de precio, con lo cual les persuadían a que saliesen al camino y nos matasen; pero nuestro Señor puso en el corazón de Magiscacio (Maxiscatzin), el mayor Señor de los de Taxcala, aquel que antes nos había ayudado y dicho no fuésemos a México, el cual mandó llamar al Capitán General y le dijo: Dicho me han que has recibido presentes de los de México para que mates a los cristianos. Pues sábet que yo con mi gente les tengo de favorecer y ayudar, y tú haz lo que quisieres, que delante me hayarás. Por manera que oído aquesto del Xicutenca, del medio (miedo?) no osó ejecutar su mala intención, y ei

Magiscacio, dando muestra de buen cristiano salió a recibir al dicho Capitán y a su gente, que venían destrozados, heridos, muertos y cansados, al cual habló y dijo de esta manera: Seais señor muy bienvenido; ya yo os dije la verdad cuando íbades a México, y no me quisisteis creer. A nuestra casa venís, donde descansareis y holgareis del trabajo pasado.

En Décima Tercia Relación de la venida de los españoles y principio de la ley evangélica, escrita por don Fernando Alva Ixtlilxóchitl (Edit. Robredo, 1838), este príncipe tezcucano quien traicionó a Cuauhtemotzin y se alió a Hernán Cortés, nos informa de los peligros por los que pasó el capitán general durante la expugnación de Tenochtitlan:

Después de lo dicho, mandó Cortés a los bergantines y canoas de Tezcoco, y demás partes de la laguna dulce, que cercasen la ciudad por todas partes, y quemasen todas las que pudiesen y matasen o prendiesen toda la gente que pudiesen, y él con Ixtlilxuchitl y su ejército entró por la ciudad, y quiso ganar la calle de Tlacopan para poderse comunicar con Alvarado, que sería de mucho efecto; poniéndolo por obra, que lo mismo hicieron Alvarado y Sandoval a un mismo tiempo, ganando cada uno lo que pudo.

Cortés este día no ganó más de tres puentes y los cegó, y luego tornó a su puesto, y el siguiente día después de esto, volvió otra vez sobre la ciudad y calle, y ganó gran parte de ella con harto trabajo de los nuestros, en donde Ixtlilxuchitl mató a otro señor y capitán de los enemigos, y le quitó una espada que tam-



bién él se la había quitado a otro español que mató días atrás.

Alvarado quiso este día entrar por la plaza de Tlaltemolco, y poniéndolo por efecto, se adelantó con hasta cincuenta españoles, y llegados dentro de la plaza, los enemigos dieron sobre ellos, y si no llegara Quauhtlitzcatzin con los suyos, no quedara ninguno con vida; y por más que quiso, halló ya cuatro españoles presos por los enemigos, y luego allí delante de ellos los sacrificaron, y así se retiraron como pudieron, aunque costó la vida a muchos de los naturales amigos; y al día siguiente mudó Cortés el real dentro de la ciudad, sin hacer otra cosa señalada, y dio orden para que todos el siguiente día cada uno embistiese por su parte, y lo mismo a los bergantines y canoas.

Llegado el día, repartió la gente de su real en tres compañías, para que pudiese ir por tres calles que iban hacia la plaza. Por la una entró el Tesorero con setenta españoles, y ocho caballos, y veinte mil de los de Ixtlilxuchitl con muchos gastadores para cegar las acequias y puentes, y derribar casas; y por la otra fue Jorge de Alvarado y Andrés Tapia, con ochenta españoles y más de doce mil amigos que les dió Ixtlilxuchitl, dejando a la boca de esta calle dos tiros, y ocho de a caballo con algunos amigos; y por la otra fueron Cortés y Ixtlilxuchitl, con cien españoles y ocho mil amigos; y puestos todos a punto, embistieron con los enemigos todos a un tiempo, e hicieron grandes cosas.

Ixtlilxuchitl a esta ocasión dio otra cuchillada a otro capitán mexicano, que de la primera vez le quitó ambos muslos; y en efecto, fueron matando a muchos y ganando casas, puentes y albarradas hasta la plaza, sin perdonar a nadie la vida; de tal manera, que parecía que aquel día quedaría México ganado; y los del Tesorero unieron el alcance hasta Tlaltemolco, y dejaron una puente mal cegada, a donde es ahora S. Martín, barrio de Tlaltemolco; y Cortés que iba en pos de ellos adelantándose con los suyos, y Ixtlilxuchitl quedó atrás peleando con los mexicanos.

Cuando llegó Cortés, pasando el mal paso, halló al Tesorero que venía huyendo de él, y los demás quedaban muertos: muchos de los naturales amigos, y el Alférez, cortados los brazos, y el pendón real en poder de los enemigos, y muertos, y otros presos de los españoles, que serían hasta cuarenta de ellos.

Cortés, viendo la furia de los enemigos, tuvo por bien huir también, y al tiempo que llegaron al mal paso, no se atrevieron a pasar por él, si no era echándose, en el agua, y así unos y otros se trabaron de las manos; y Ixtlilxuchitl, que a esta ocasión llegó, mandó a sus soldados detuviesen a los enemigos, y él se llegó presto, y dióle la mano a Cortés, y le sacó de la agua, que ya uno de los enemigos le iba a cortar la cabeza, y le cortó los brazos, aunque esto se lo aluden a ciertos españoles, siendo muy al revés; demás de que lo hallaron pintado en la puerta principal de la Iglesia del monasterio de Santiago Tlaltemolco, aunque ya también cierto religioso; que debía de ser pariente del Olea, mandó pintarlo diferente, poniendo a Olea que



corta los brazos al que quiere prender, o matar a Cortés, y Ixtlilxuchitl que lo saca fuera del agua.

Sea como se fuere, Ixtlilxuchitl libró a Cortés, y le reprendió mucho, porque se había adelantado, y no quiso tomar su parecer de nunca adelantarse solo, sin ir con muchos amigos, para que, en el ínterin que se entretenían con ellos, pudiesen poner en cobro sus personas, pues eran pocos, y morir uno de ellos hacía falta, más que si fueran quinientos de los suyos; al cual, al tiempo que sacó a Cortés del agua, le dieron una pedrada sobre la oreja izquierda, que le descalabraron y por poco le abrían la cabeza y viéndose herido, tomó una poca de tierra, y púsose en la descalabratura; y quitándose las armas blancas que siempre traía, dejándose en cueros con sólo un pañito que le cubría las partes bajas, y una rodela, y macana, con aquel coraje que tenía embistió con los enemigos, y trabó con ellos una cruel batalla, matando a muchos de ellos hasta que se encontró con el general de los mexicanos que era valerosísimo.

Estuvieron los dos peleando más de un cuarto de hora, en donde le tiraron los enemigos un flechazo que le pasaron el brazo derecho y una pedrada sobre la rodilla derecha que le lastimó, aunque no mucho, y con esto se encendió más.

Viéndose herido, cobró más ánimo y embistió con el general y le quitó la espada que traía, dándole algunas heridas, el cual, viéndose de esta manera, echó a huir como pudo, y en su alcance Ixtlilxuchitl hasta el templo de la diosa Macuilxuchitl, en donde se hizo fuerte

con los suyos que no lo pudo haber a las manos; y entre tanto se volvió hacia donde estaba Cortés, y al tiempo que venía encontró con un capitán mexicano que se venía hacia él; como lo vió que iba muy arropado por amor de las heridas, entendió que no le haría ningún mal, le comenzó a deshonrar y a ponerle mil nombres.

Ixtlilxuchitl calló cuanto pudo y mandó a los suyos que lo dejaran para ver lo que hacía hasta que no lo pudo sufrir más, y aunque iba herido del brazo, le dió una cuchillada, con la espada que quitó al general, por la cintura que le dividió en dos partes el cuerpo, y no pudiendo sufrir más la flecha que todavía llevaba metida dentro del brazo, se la quitó y exprimió muy bien la herida, y sus vasallos le pusieron ciertas cosas con que sanó dentro de pocos días.

En este fragmento de la carta que Fray Toribio de Motolinía (1490—1569) envió a Carlos V para impugnar a Fray Bartolomé de las Casas, que tomamos de Colección de documentos para la Historia de México de García Icazbalceta, nos ofrece el fraile su opinión de Cortés:

El yerro que se llama de rescate de V. M. vino a aquesta nueva España el año 1524, mediado Mayo; luego que fue llegado a México el Capitán D. Hernando Cortés que a la sazón gobernaba, ayuntó en San Francisco con Frayles los letrados que había en la Ciudad, y yo me hallé presente y vi que le pesó al Gobernador por el yerro que venía y lo contradijo, y desdeque más no pudo limitó mucho la licencia que traía para he-



errar esclavos, y los que se hicieron fuera de las limitaciones fue en su ausencia, porque se partió para las Higuerras: y algunos que murmuraron del Marqués del Valle, que Dios tiene, y quieren ennegrecer y oscurecer sus obras, yo creo que delante de Dios no son sus obras tan acetas como lo fueron las del Marqués; aunque como hombre fuese pecador, tenía fe y obras de buen cristiano, y muy gran deseo de emplear la vida y hacienda por ampliar y aumentar la fe de Jesu-Cristo, y morir por la conversión de estos gentiles, y en esto hablaba con mucho espíritu, como aquel a quien Dios había dado este don y deseo, y le había puesto por singular Capitán de esta tierra de Occidente; confesábase con muchas lágrimas y comulgaba devotamente, y ponía a su ánima y hacienda en manos del confesor para que mandase y dispusiese de ella todo lo que convenía a su conciencia, y así buscó en España muy grandes confesores letrados con los cuales ordenó su ánima, e hizo grandes restituciones y largas limosnas, y Dios le visitó con grandes aflicciones, trabajos y enfermedades para purgar sus culpas y limpiar su ánima, y creo que es hijo de salvación, y que tiene mayor corona que otros que lo menosprecian: desde que entró en esta nueva España trabajó mucho de dar a entender a los Indios el conocimiento de un Dios verdadero y de les hacer predicar el Santo evangelio, y les decía cómo era mensajero de V. M. en la conquista de México, y mientras en esta tierra anduvo cada día trabajaba de oír misa, ayunaba los ayunos de la iglesia y otros días por devoción; deparóle Dios en esta tierra dos intérpretes, un Español que se llamaba Aguilar y una India que se llamó Doña Marina; con estos predicaba a los Indios y les daba a entender quién

era Dios y quién eran sus Idolos, y así destruía los Idolos cuanta idolatría podía: trabajó de decir verdad y de ser hombre de su palabra, lo cual aprovechó mucho con los Indios; traía por bandera un cruz colorada en campo negro, en medio de unos fuegos azules y blancos, y la letra decía: amigos, sigamos la cruz de Cristo, que si en nos hubiere fe, en esta señal venceremos. Donde quiera que llegaba luego levantaba la cruz; cosa fue maravillosa del esfuerzo, y ánimo, y prudencia que Dios le dió en todas las cosas que en esta tierra aprendió, y muy de notar es la osadía y fuerzas que Dios le dio para destruir y derribar los Idolos principales de México, que eran unas estatuas de más de quince piés en alto, y armado de mucho peso de armas tomó una barra de hierro, y se levantaba tan alto hasta llegar a dar en los ojos y en la cabeza de los Idolos; y estando para derribarlos envióle a decir el gran Señor de México Moteczuma que no se atreviese a tocar a sus Dioses, porque a él y a todos los Cristianos mataría luego: entonces el capitán se volvió a sus compañeros con mucho espíritu, y medio llorando les dijo: hermanos, de cuanto hacemos por nuestras vidas e intereses, ahora muramos aquí por la honra de Dios, y por que los Demonios no sean adorados; y respondió a los mensajeros, que deseaba poner la vida y que no cesaría de lo comenzado, y que aquellos no eran Dioses sino piedras y figuras del Demonio, y que viniesen luego; y no siendo con el Gobernador sino 130 cristianos y los Indios eran sin número, así los atemorizó Dios y el ánimo que vieron en su Capitán, que no se osaron menear: destruídos los Idolos puso allí la imagen de nuestra Señora; en aquel tiempo faltaba el agua y secábanse los maizales, y trayendo los Indios muchas



cañas de maíz que se secaban dijeron al Capitán, que si no llovía que todos perecerían de hambre; entonces el marqués les dio confianza diciendo: que ellos rogarían a Dios y a Santa María para que les diese agua, y a sus compañeros rogó que todos se aparejasen, y aquella noche se confesasen a Dios y le demandasen su misericordia y gracia: y otro día salieron en procesión, y en la misa se comulgó el Capitán, y como estuviese el cielo sereno, súbito vino tanta agua, que antes que llegasen a los aposentos, que no estaban muy lejos, ya iban todos hechos agua: esto fue grande edificación y predicación a los Indios, por que desde allí adelante llovió bien, y fue muy buen año: siempre quel Capitán tenía lugar, después de haber dado a los Indios noticia de Dios, les decía que lo tuviesen por amigo, como a mensajero de un gran Rey y en cuyo nombre venía, y que de su parte les prometía serían amados y bien tratados, porque era grande amigo del Dios que les predicaba: ¿quién así amó y defendió los Indios en este mundo nuevo como Cortés? amonestaba y rogaba mucho a sus compañeros que no tocasen a los Indios ni a sus cosas, y estando toda la tierra llena de maizales, apenas había Español que osase cojer una mazorca; y por que un Español llamado Juan Polanco cerca del puerto entró en casa de un Indio y tomó cierta ropa, le mandó dar cien azotes, y a otro llamado Mora por que tomó una gallina a Indios de paz le mandó ahorcar, y si Pedro de Alvarado no le cortase la soga allí quedara y acabara su vida: dos negros suyos, que no tenían cosa de mas valor, por que tomaron a unos Indios dos mantas y una gallina los mandó ahorcar; otro español por que desgajó un árbol de fruta y los Indios se le quejaron, le mandó afrentar: no que-

ría que nadie tocase a los Indios ni los cargase, so pena de cada cuarenta pesos: y el día que yo desembarqué viniendo del puerto para Medellín cerca de donde ahora está la Vera-Cruz, como viniésemos por un arenal y en tierra caliente, y el sol que ardía, había hasta el pueblo tres leguas, rogué a un Español que consigo llevaba dos Indios, que el uno me llevase el manto, y no lo osó hacer afirmando que le llevarían cuarenta pesos de pena, y así me traje el manto a costas todo el camino: donde no podía escusar guerra, rogaba Cortés a sus compañeros que se defendiesen cuanto buenamente pudiesen sin ofender, y que cuando mas no pudiesen decía que era mejor herir que matar, y que más temor ponía ir un Indio herido que quedar dos muertos en el campo; siempre tuvo el Marqués en esta tierra émulos y contrarios que trabajaron oscurecer los servicios que a Dios y a V. M. hizo, y allá no faltaron, que si por estos no fuera, bien sé que V. M. siempre le tuvo especial afición y amor, y a sus compañeros; por este Capitán nos abrió Dios la puerta para predicar su Santo evangelio, y este puso a los Indios que tuviesen reverencia a los santos Sacramentos y a los Ministros de la Iglesia en acatamiento; por esto me he alargado, ya que es difunto, para defender en algo su vida: la gracia del Espíritu Santo more siempre en el ánima de V. M. Amen. de Taxcala, 2 de Enero de 1555 años: humilde siervo y mínimo capellán de V. M.—Motolinía, Fr. Toribio.



En el prólogo al libro XII de *Historia General de las Cosas de Nueva España* (1585), (Edit. Porrúa, 1969), Fray Bernardino de Sahagún hace los siguientes comentarios sobre el conquistador de México:

A este negocio muy grande y muy importante, tuvo nuestro señor Dios por bien de que hiciese camino y derrocarse el muro con que esta infidelidad estaba cercada y murada, el valentísimo capitán D. Hernando Cortés, en cuya presencia y por cuyos medios, hizo Dios nuestro señor muchos milagros en la conquista de esta tierra, donde se abrió la puerta para que los predicadores del Santo Evangelio entrasen a predicar la fe católica a esta gente miserabilísima, que tantos tiempos atrás estuvieron sujetos a la servidumbre de tan innumerables ritos idolátricos, y de tantos y tan grandes pecados en que estaban envueltos, por los cuales se condenaban, chicos grandes y medianos, para que ahora de esta tierra coja Dios nuestro Señor gran fruto de ánimas que se salvan (según su divina ordenación *ab aeterno* señalada, afijada y determinada en su mente divina) como ahora lo vemos por nuestros ojos, que por lo menos los niños bautizados que mueren en su inocencia cada día y se salvan, son casi innumerables: de los adultos son muchísimos los que se salvan (conforme nuestra santa fe) y de cada día las cosas de nuestra santa fe católica van adelante.

Los milagros que se hicieron en la conquista de esta tierra fueron muchos. El primero fue la victoria que nuestro Señor Dios dio a este valeroso capitán y a sus soldados en la primera batalla que tuvieron contra los otomíes tlascaltecas (que fue muy semejante al milagro que Nuestro Señor Dios hizo con Josué, capitán

general de los hijos de Israel en la conquista de la tierra de promisión).

Hizo Dios otro milagro por este valeroso capitán y sus soldados, que imprimió tan gran temor en todos los naturales de esta Nueva-España, después de esta primera victoria, y de otros estragos que se hicieron al principio de la conquista, que todos se hallaron cortados y desanimados que no sabían que se hacer, ni osaban acometer a los que venían.

Tiénesse por cosa muy cierta (considerados los principios, medios y fines de esta conquista) que nuestro Señor Dios regía a este gran varón y gran cristiano, y que él le señaló para que viniese, y que le enseñó lo que había de hacer para llegar con su flota a esta tierra, que le inspiró que hiciese una cosa de mas que animosidad humana, y fue, que todos los navíos en que vino él y toda su gente, los hizo barrenar y echar a fondo para que ninguno tuviese oportunidad de mirar atrás, habiendo comenzado aquel negocio que venía.

En todo lo que adelante pasó, parece claramente que Dios le inspiraba en lo que había de obrar, así como hacía en los tiempos pasados el Cid Ruiz Díaz, nobilísimo y muy santo capitán español en tiempo del rey D. Alonso de la mano horadada, que fue rey de España, y emperador y capitán de la iglesia romana. Tuvo instinto divino este nobilísimo capitán D. Hernando Cortés, en no parar en lugar ninguna hasta venir a la ciudad de México (que es metrópoli de todo este imperio), en la cual habiendo pasado muchas cosas después que comenzó la guerra (como adelante se



dirá) milagrosamente le libró Dios a él y a muchos de los suyos de las manos de sus enemigos.

Así mismo le libró milagrosamente de una batalla, donde él y todos los suyos estuvieron a pique de perderse. Milagrosamente nuestro Señor Dios envió gran pestilencia sobre todos los indios de esta Nueva-España, en castigo de la guerra que habían hecho a sus cristianos, por él enviados para hacer esta jornada. Milagrosamente le envió favor para volver a la conquista después de haber sido destrozado de sus enemigos, en la prosecución de la cual muchas veces milagrosamente le libró de las manos de sus enemigos que le tuvieron a punto de matarlo.

Finalmente, habiendo salido con la victoria, hizo como cristianísimo varón y fidelísimo caballero a su rey, en que luego ofreció el precio de sus trabajos a su rey emperador D. Carlos V, y escribió al Sumo Pontífice que enviase predicadores del santo Evangelio para la conversión de esta gente indiana; lo cual sumamente pretendía nuestro Señor Dios en haber comenzado este negocio, como adelante se contiene en esta abreviada historia que se sigue.

Joaquín García Icazbalceta (1825—94), publicó una carta secreta en *Colección de documentos para la Historia de México*, que Hernán Cortés escribió en Tenochtitlan en octubre de 1524 a Carlos V, que trata sobre la mejor gobernación de la Nueva España y que lo denuncia como gran estadista. Veamos un fragmento:

Sacra, Cesárea, Católica Majestad. Porque además de la relación que a V. M. envío de las cosas que en estos nuevos reinos de Vuestra Celsitud se han ofrecido después de la que llevó Juan de Ribera, donde doy a V. A. de todo copiosa cuenta, hay otras de que conviene que Vuestra Excelencia sea avisado particularmente, para que las mande proveer como más a su imperial servicio convenga, me pareció ser bien manifestarlas a Vuestra Grandeza, sin que el vulgo de ellas participe; y antes que a la narración de ellas venga, beso cien mil veces los reales pies de V. E. por las inmensas mercedes que ha sido servido de me mandar hacer, en mandar que mis procuradores fuesen ante su real presencia oídos, por donde se confundió la maldad de mis adversarios y se manifestó mi limpieza y puro deseo al real servicio de V. M.; que fue causa que V. E. me conociese y mandase hacer tan crecidas mercedes como me hizo, en se querer servir de mí en estos sus nuevos reinos, donde pienso, guiándolo Nuestro Señor, dar a Vuestra Celsitud tal cuenta, que sigan las mercedes recibidas y merezca las que mas Vuestra Grandeza fuere servido de me mandar hacer.

(...)

Por otro capítulo de la dicha instrucción, invictísimo César, me manda Vuestra Grandeza que no reparta, ni encomiende, ni deposite por ninguna manera los naturales de estas partes en los Españoles que en ella residen, diciendo no se poder hacer con conciencia, y que para ello Vuestra Celsitud mandó juntar letrados teólogos, los cuales concluyeron, que pues Dios Nuestro Señor los había hecho libres, no se les podía quitar esta libertad, según que más largo está en el dicho



capítulo; y esto no solamente no se cumplió como V. M. lo envió a mandar, por los inconvenientes que diré, más aun lo he tenido y tengo tan secreto, que a nadie se ha dado parte, excepto a los oficiales de V. M. y a los procuradores de las ciudades y villas de esta Nueva España, con juramento que no lo manifestasen a sus pueblos ni a otra persona, por el gran escándalo que en ello hubiera; y las causas de se hacer así, son: la primera, que en estas partes los Españoles no tienen otros géneros de provechos, ni maneras de vivir ni sustentarse en ellas, sino por el ayuda que de los naturales reciben, y faltándoles esto no se podrían sostener y forzado habían de desamparar la tierra, y los que en ella estuviesen, y con la nueva no vendrían otros, de que no poco daño se seguiría, así en lo que toca al servicio de Dios Nuestro Señor, cesando la conversión de estas gentes, como en disminución de las reales rentas de V. M., y perderse tan gran señorío como en ellas V. A. tiene, y lo que más está aparejado de se tener, que es más que lo que hasta ahora se sabe del mundo.

La otra, que la causa de no se repartir ni encomendar, parece ser por la privación de libertad que a estos allá parece que se hace, y esta no solamente cesa, mas aun encomendándolos de la manera que yo los encomiendo, son sacados de cautiverio y puestos en libertad; porque sirviendo en la manera que ellos a sus señores antiguos servían, no sólo eran cautivos, más aún tenían incompatible subjución; porque demás de les tomar todo cuanto tenían, sin les dejar sino aun pobremente para su sustentamiento, les tomaban sus hijos e hijas y parientes aun a ellos mismos para los sacrificar a sus ídolos; porque de estos sacrificios se hacían tan-

tos y en tanta cantidad, que es cosa horrible de lo oír; porque se ha averiguado que en sola la mezquita mayor de esta ciudad, en una sola fiesta, de muchas que se hacían en cada un año a sus ídolos, se mataban ocho mil ánimas en sacrificio de ellos, y esto todo cesa, sin otras muchas cosas que ellos dicen que les hacían, que son incomfortables; y ha acaecido y cada día acaece, que para espantar algunos pueblos a que sirvan bien a los cristianos a quien están depositados, se les dice que si no lo hacen bien que los volverán a sus señores antiguos; y esto temen más que otro ningún amenaza ni castigo que se les puede hacer.

Lo otro, porque la manera y orden que yo he dado en el servicio destos Indios a los Españoles es tal, que por ella no se espera que vendrán en diminucion ni consumimiento, como han hecho los de las islas que hasta ahora se han poblado en estas partes; porque como ha veinte y tantos años que yo en ellas resido, y tengo experiencia de los daños que se han hecho y de las causas de ellos, tengo mucha vigilancia en guardarme de aquel camino y guiar las cosas por otro muy contrario; porque se me figura que me sería a mi mayor culpa conociendo aquellos yerros seguirlos, que no a los que primero los usaron, y por esto yo no permito que saquen oro con ellos, aunque muchas veces se me ha requerido, y aun por algunos de los oficiales de V. M., porque conozco el gran daño que de ello vendría, y que muy presto se consumirían y acabarían; ni tampoco permito que los saquen fuera de sus casas a hacer labranzas, como lo hacían en las otras islas, sino que dentro en sus tierras le señalan cierta parte donde labran para los Españoles que los tienen de-



positados, y de aquello se mantienen y no se les pide otra cosa; y esta antes me parece que es libertad y manera de multiplicar y conservarse, que no de disminución; y porque *non in solo pan vivit homo*, para que los Españoles se sustenten y puedan sacar oro para sus necesidades, y las rentas de V. M. no se disminuyan, antes se multipliquen, hay tal orden, que con la merced que V. M. fue servido que se hiciese a los pobladores de estas partes, de que pudiesen rescatar esclavos de los que los naturales tienen por sus esclavos, y con otros que se han de guerra, hay tanta copia de gente para sacar oro, que si herramientas hubiese, como las habrá presto, placiendo a Nuestro Señor, se sacará mas cantidad de oro en sola esta tierra, según las muchas minas que por muchas partes están descubiertas, que en todas las islas juntas y en otras tantas; y desta manera se harán dos cosas; la una, buena orden para conservación de los naturales, y la otra, provecho y sustentamiento de los Españoles, y de estas dos resultarán el servicio de Dios Nuestro Señor y acrecentamiento de las rentas de V. M.; y a mí me parece y así es que para dar a estas cosas de arriba inmortalidad y que duren cuanto el mundo durare, conviene mucho que V. M. mande que los naturales de estas partes se den a los españoles que en ellas están y a ellas vinieren perpetuamente, habiendo respeto a las personas y servicios de cada uno, quedando a V. E. la suprema jurisdicción de todo; porque desta manera cada uno los miraría como cosa propia, y los cultivaría como heredad que habrá de suceder en sus descendientes; y hacerse hia que el cuidado que yo solo ahora tengo o ha de tener la persona que V. M. fuere servido que gobierne estas partes, lo tuviesen todos y cada uno en particular en lo que le tocase; y la diligencia que cada uno

tiene en sacar de ellos todo lo que puede, por todas las vías que alcanzan que lo puede hacer, dudando el tiempo que de ellos ha de gozar, se convertiría en especial cuidado de los sobrelevar, estando cierto de la seguridad del uso y posesión de ellos.

